

Nathaniel Hawthorne

El Velo Negro
del Pastor



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL VELO NEGRO DEL PASTOR

NATHANIEL HAWTHORNE

**PUBLICADO: 1836
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL VELO NEGRO DEL PASTOR

El sacristán estaba en el pórtico de la casa de reunión de Milford, tirando con brío de la cuerda de la campana. Los ancianos del pueblo avanzaban encorvados por la calle. Los niños de rostros luminosos trotaban alegremente junto a sus padres o remedaban un paso más solemne, envanecidos con la dignidad de sus ropas dominicales. Los solteros elegantes lanzaban miradas furtivas a las jóvenes agraciadas y se figuraban que el sol del día del Señor las embellecía más que en los días de labor. Cuando la muchedumbre se había encauzado casi toda hacia el pórtico, el sacristán comenzó a doblar la campana sin apartar la vista de la puerta del reverendo señor Hooper. El primer destello de la figura del clérigo era la señal para que la campana cesara su llamada.

—¿Pero qué lleva en la cara el buen pastor Hooper? —exclamó el sacristán, atónito.

Cuantos lo oyeron se volvieron al instante y contemplaron la figura del señor Hooper que avanzaba lentamente, ensimismado, hacia la casa de reunión. Al unísono se sobresaltaron, con una expresión de asombro mayor que si algún predicador desconocido hubiese venido a sacudir los cojines del púlpito del señor Hooper.

—¿Está seguro de que es nuestro pastor? —inquirió el buen Gray al sacristán.

—Sin duda alguna es el buen señor Hooper —respondió el sacristán—. Tenía previsto intercambiar el púlpito con el pastor Shute de Westbury, pero

el pastor Shute mandó disculparse ayer, pues había de predicar un sermón fúnebre.

El motivo de tanto asombro podría parecer bien insignificante. El señor Hooper, hombre de aspecto distinguido de unos treinta años, aunque todavía soltero, vestía con la pulcritud propia de su condición clerical, como si una esposa diligente hubiera almidonado su cuello y sacudido el polvo semanal de sus ropas dominicales. No había más que una sola cosa notable en su porte. Enrollado en torno a la frente y cayendo sobre el rostro, hasta tan abajo que se mecía con su aliento, el señor Hooper llevaba un velo negro. Visto de cerca, parecía consistir en dos capas de crespón que ocultaban por completo sus facciones excepto la boca y el mentón, pero que probablemente no entorpecían su visión más allá de dar un aspecto sombrío a todo lo vivo y lo inanimado. Con aquella sombra lúgubre ante sí, el buen señor Hooper avanzaba a paso lento y tranquilo, ligeramente encorvado y con la vista en el suelo, como es costumbre en los hombres ensimismados, si bien hacía un cortés gesto de cabeza a los feligreses que aún aguardaban en los escalones de la casa de reunión. Pero tan pasmados estaban que apenas le devolvieron el saludo.

—No consigo creer que el rostro del buen señor Hooper esté detrás de ese trozo de crespón —dijo el sacristán.

—No me agrada —masculló una anciana mientras cojeaba hacia la casa de reunión—. Se ha convertido en algo terrible con solo ocultar su rostro.

—¡Nuestro pastor ha perdido el juicio! —exclamó el buen Gray, siguiéndole más allá del umbral.

Un rumor sobre algún fenómeno inexplicable había precedido al señor Hooper en la casa de reunión y tenía a toda la congregación en agitación. Pocos podían abstenerse de volver la cabeza hacia la puerta; muchos se pusieron de pie y giraron en redondo; mientras que algunos niños trepaban a los asientos y volvían a bajar con un estruendo terrible. Hubo un revuelo general, un frufú de faldas femeninas y un arrastrar de pies masculinos, muy en desacuerdo con el recogido silencio que debería acompañar la entrada del ministro. Pero el señor Hooper pareció no advertir la perturbación de su grey. Entró con paso casi silencioso, inclinó levemente la cabeza hacia los bancos de uno y otro lado, y se inclinó al pasar junto a su feligrés más anciano, un bisabuelo de cabello blanco que ocupaba un sillón en el centro

del pasillo. Era curioso observar con qué lentitud aquel venerable anciano fue cobrando conciencia de lo singular en el aspecto de su pastor. No pareció participar por completo del asombro reinante hasta que el señor Hooper hubo subido las escaleras y se mostró en el púlpito, cara a cara con su congregación salvo por el velo negro. Aquel misterioso emblema no fue retirado ni por un instante. Se mecía con su respiración acompasada cuando entonaba el salmo, interponía su oscuridad entre él y la sagrada página mientras leía las Escrituras, y mientras oraba el velo pesaba sobre su semblante alzado. ¿Acaso pretendía ocultarlo al temible Ser al que se dirigía?

Tal era el efecto de ese simple trozo de crespón que más de una mujer de nervios delicados se vio obligada a abandonar la casa de reunión. Y sin embargo, quizá la congregación de rostros pálidos era para el ministro un espectáculo casi tan aterrador como su velo negro lo era para ellos.

El señor Hooper tenía fama de buen predicador, aunque no enérgico: se esforzaba por conducir a su grey hacia el cielo mediante suaves e insinuantes medios, antes que impulsarla allá con los truenos de la palabra. El sermón que ahora pronunciaba tenía las mismas características de estilo y tálante que la serie general de su oratoria desde el púlpito, pero había algo, ya fuera en el sentimiento del discurso en sí o en la imaginación de los oyentes, que lo convertía con mucho en el esfuerzo más poderoso que jamás habían escuchado de labios de su pastor. Estaba teñido con algo más de oscuridad que de costumbre por la apacible melancolía del temperamento del señor Hooper. El tema versaba sobre el pecado secreto y esos tristes misterios que ocultamos a quienes nos son más próximos y queridos, y que de buen grado esconderíamos a nuestra propia conciencia, olvidando incluso que el Omnisciente puede descubrirlos. Un poder sutil alentaba en sus palabras. Cada miembro de la congregación, la doncella más inocente y el hombre de pecho endurecido, sentía como si el predicador se hubiese acercado sigilosamente a ellos por detrás de su terrible velo y hubiera descubierto su iniquidad acumulada de obra o de pensamiento. Muchos tendieron las manos entrelazadas sobre el pecho. No había nada terrible en lo que el señor Hooper decía —al menos, no había violencia—; y sin embargo, con cada estremecimiento de su voz melancólica, los oyentes temblaban. Un pathos no buscado iba de la mano con el terror reverencial. Tan conscientes eran los oyentes de algún atributo insólito en su ministro que anhelaban un soplo de viento que apartase el velo, casi convencidos de que descubrirían el sem-

blante de un extraño, aunque la figura, los gestos y la voz fueran los del señor Hooper.

Al concluir el oficio, la gente salió precipitadamente en un desorden poco decoroso, ansiosa por comunicar su asombro contenido, y consciente de un ánimo más liviano en el momento en que perdió de vista el velo negro. Algunos se reunieron en pequeños corros, apretados unos contra otros, con las bocas susurrando hacia el centro; otros se fueron solos a casa, envueltos en silenciosa meditación; otros hablaron en voz alta y profanaron el día del Señor con risas ostentosas. Unos pocos menearon las cabezas con aire sapiente, insinuando que podían penetrar el misterio, mientras que uno o dos afirmaban que no había misterio alguno, sino que los ojos del señor Hooper estaban tan debilitados por el candil de medianoche que precisaban una visera.

Al cabo de un breve intervalo salió también el buen señor Hooper, a la zaga de su rebaño. Volviendo su rostro velado de un grupo a otro, rindió el debido respeto a las cabezas canas, saludó a los de mediana edad con amable dignidad como amigo y guía espiritual, acogió a los jóvenes con una mezcla de autoridad y afecto, y posó las manos sobre las cabezas de los pequeños para bendecirlos. Tal era siempre su costumbre en el día del Señor. Miradas extrañas y desconcertadas le pagaban su cortesía. Nadie, como en ocasiones anteriores, aspiraba al honor de caminar junto al pastor. El viejo hidalgo Saunders —sin duda por un olvido accidental— omitió invitar al señor Hooper a su mesa, en la que el buen clérigo había tenido por costumbre bendecir los alimentos casi todos los domingos desde que se estableciera en el pueblo. Regresó, pues, a la casa parroquial, y en el momento de cerrar la puerta se le vio volver la vista hacia la gente, toda ella con los ojos fijos en el ministro. Una sonrisa triste asomó tenuemente desde debajo del velo negro y parpadeó en torno a su boca, centelleando mientras desaparecía.

—Qué extraño —dijo una señora—, que un simple velo negro, del tipo que cualquier mujer podría llevar en su sombrero, se convierta en algo tan terrible en el rostro del señor Hooper.

—Algo debe de andar sin duda mal en el entendimiento del señor Hooper —observó su marido, el médico del pueblo—. Pero lo más extraño del asunto es el efecto de este capricho incluso en un hombre tan sensato como

yo mismo. El velo negro, aunque solo cubre el rostro de nuestro pastor, proyecta su influencia sobre toda su persona y le hace parecer un fantasma de pies a cabeza. ¿No lo siente usted así también?

—Bien que sí —respondió la señora—; y no estaría a solas con él por nada del mundo. Me pregunto si no tiene miedo de estar a solas consigo mismo.

—Los hombres a veces lo tienen —dijo su marido.

El oficio de la tarde transcurrió en circunstancias parecidas. Al concluir, la campana dobló por el funeral de una joven señorita. Los familiares y amigos se habían reunido en la casa y los conocidos menos allegados aguardaban en torno a la puerta, hablando de las virtudes de la difunta, cuando su conversación fue interrumpida por la aparición del señor Hooper, todavía cubierto con su velo negro. Era ahora un emblema adecuado. El clérigo entró en la habitación donde reposaba el cadáver y se inclinó sobre el ataúd para despedirse por última vez de su feligresa difunta. Al inclinarse, el velo cayó recto desde su frente, de modo que, si sus párpados no hubieran estado cerrados para siempre, la joven muerta habría podido ver su rostro. ¿Acaso temía el señor Hooper su mirada, para recoger el velo negro con tanta precipitación? Un testigo que observó el encuentro entre el muerto y el vivo no vaciló en afirmar que en el instante en que las facciones del clérigo quedaron al descubierto, el cadáver se había estremecido levemente, agitando la mortaja y el gorro de muselina, aunque el semblante conservó la serenidad de la muerte. Una anciana supersticiosa fue la única testigo de este prodigio.

Del ataúd, el señor Hooper pasó a la cámara de los dolientes y desde allí a la cabecera de la escalera, para pronunciar la oración fúnebre. Era una oración tierna y desgarradora, llena de dolor, aunque tan imbuida de esperanzas celestiales que la música de un arpa del cielo pulsada por los dedos de la difunta parecía escucharse tenuemente entre los acentos más tristes del ministro. La gente tembló, aunque solo a medias comprendía sus palabras, cuando rogó para que ellos y él mismo, y toda la estirpe mortal, estuviesen preparados, como confiaba que lo había estado esa joven doncella, para la hora terrible que habría de arrancarles el velo del rostro. Los portadores salieron pesarosos y los dolientes les siguieron, entristeciendo toda la calle, con la difunta por delante y el señor Hooper con su velo negro detrás.

—¿Por qué mira usted atrás? —dijo uno en la comitiva a su acompañante.

—Se me ocurrió —respondió ella— que el ministro y el espíritu de la doncella caminaban de la mano.

—A mí también en ese mismo momento —dijo el otro.

Aquella noche habría de unirse en matrimonio la pareja más agraciada del pueblo de Milford. Aunque tenido por un hombre melancólico, el señor Hooper atesoraba una alegría apacible para tales ocasiones que a menudo suscitaba una sonrisa comprensiva allí donde el regocijo más vivo habría resultado inoportuno. No había cualidad en su carácter que le granjeara mayor afecto que esta. Los invitados a la boda aguardaban su llegada con impaciencia, confiando en que el extraño terror reverencial que sobre él se había acumulado a lo largo del día quedaría ahora disipado. Pero no fue así. Cuando llegó el señor Hooper, lo primero en que se posaron los ojos de todos fue el mismo horrible velo negro que había añadido sombra más oscura al funeral y que solo podía presagiar mal para la boda. Tal fue su efecto inmediato en los invitados que pareció que una nube hubiese salido rodando oscuramente de debajo del crespón negro y hubiera atenuado la luz de las velas. La pareja nupcial se puso en pie ante el ministro, pero los fríos dedos de la novia temblaron entre la mano temblorosa del novio, y su palidez cadavérica provocó el susurro de que la joven enterrada unas horas antes había salido de su tumba para casarse. Si alguna otra boda fue tan lúgubre, fue aquella famosa en la que doblaron las campanas como toque de difuntos.

Tras officiar la ceremonia, el señor Hooper alzó una copa de vino hasta los labios, deseando felicidad a los recién casados con un tono de afable jovialidad que debería haber iluminado los semblantes de los invitados como un alegre resplandor del hogar. En ese instante, al ver el reflejo de su figura en el espejo, el velo negro envolvió su propio espíritu en el horror con que abrumaba a todos los demás. Su cuerpo se estremeció, sus labios se pusieron blancos, derramó el vino sin probar sobre la alfombra y huyó hacia la oscuridad, pues también la Tierra vestía su velo negro.

Al día siguiente, todo el pueblo de Milford hablaba de poco más que del velo negro del pastor Hooper. Aquello, y el misterio oculto tras él, proporcionaba tema de conversación a los conocidos que se encontraban en la calle y a las buenas mujeres que cotilleaban en sus ventanas abiertas. Era la

primera noticia que el tabernero refería a sus clientes. Los niños charlaban de ello por el camino a la escuela. Un pequeño diablillo imitador se cubrió el rostro con un viejo pañuelo negro, aterrorizando así a sus compañeros de tal modo que el pánico le apoderó a él mismo y estuvo a punto de perder el juicio a causa de su propia travesura.

Era notable que, de todos los entrometidos e impertinentes de la parroquia, ni uno se atreviese a plantear la pregunta directa al señor Hooper sobre el porqué de aquello. Hasta entonces, siempre que surgía el menor motivo para tal intromisión, nunca le habían faltado consejeros ni él había mostrado reluctancia a dejarse guiar por su criterio. Si en algo erraba, era por un grado tan doloroso de desconfianza en sí mismo que incluso la censura más leve le llevaba a considerar una acción indiferente como un crimen. Y sin embargo, aunque tan bien conocedores de esta amable debilidad, ningún feligrés eligió hacer del velo negro objeto de amistosa amonestación. Había un sentimiento de temor, ni claramente confesado ni cuidadosamente disimulado, que llevaba a cada uno a trasladar la responsabilidad al prójimo, hasta que por fin se consideró oportuno enviar una delegación de la iglesia para tratar con el señor Hooper sobre el misterio antes de que se convirtiese en escándalo. Nunca desempeñó una embajada tan mal sus deberes. El ministro les recibió con amable cortesía, pero guardó silencio una vez sentados, dejando a sus visitantes toda la carga de introducir el asunto de importancia. El tema era, cabe suponerse, suficientemente obvio. Allí estaba el velo negro enrollado en torno a la frente del señor Hooper, ocultando todas las facciones por encima de su boca plácida, en la que a veces podían percibir el destello de una sonrisa melancólica. Pero aquel trozo de crespón, en su imaginación, parecía colgar ante su corazón, símbolo de un secreto terrible entre él y ellos. Si el velo hubiera sido retirado, habrían podido hablar libremente de ello, pero no hasta entonces. Así estuvieron sentados un tiempo considerable, mudos, confusos y encogiéndose inquietos ante la mirada del señor Hooper, que sentían fija en ellos con una mirada invisible. Por último, los delegados regresaron avergonzados ante sus comitentes, declarando el asunto demasiado grave para ser tratado salvo por un concilio de las iglesias, si es que no requería un Sínodo General.

Pero había una persona en el pueblo a quien no intimidaba el terror reverencial que el velo negro había impresionado en todos los demás. Cuando los delegados regresaron sin explicación alguna, ni siquiera habiendo osado

exigirla, ella, con la serena energía de su carácter, determinó ahuyentar la extraña nube que parecía posarse en torno al señor Hooper cada momento con más oscuridad que antes. Como prometida suya, debía ser prerrogativa suya saber lo que el velo negro ocultaba. En la primera visita del ministro, pues, abordó el asunto con una sencillez directa que facilitó la tarea tanto para él como para ella. Una vez que él se hubo sentado, ella fijó los ojos con firmeza en el velo, pero no pudo discernir nada de la sombría pesadumbre que tanto había aterrado a la multitud; no era más que un doble pliegue de crespón que colgaba desde su frente hasta la boca y se agitaba levemente con su aliento.

—No —dijo ella en voz alta, sonriendo—, no hay nada terrible en este trozo de crespón, salvo que oculta un rostro que siempre me alegra contemplar. Vamos, señor mío; que salga el sol de detrás de la nube. Quite primero el velo negro y luego dígame por qué se lo puso.

La sonrisa del señor Hooper centelleó apenas.

—Ha de llegar una hora —dijo él— en que todos arrojemos a un lado nuestros velos. No lo tome a mal, amada amiga, si llevo este trozo de crespón hasta entonces.

—Sus palabras son también un misterio —repuso la joven—. Retire al menos el velo de ellas.

—Elizabeth, lo haré —dijo él—, hasta donde mi voto me lo permita. Sepa, pues, que este velo es un tipo y un símbolo, y estoy obligado a llevarlo para siempre, tanto en la luz como en la oscuridad, en soledad y ante la mirada de las multitudes, y lo mismo ante los desconocidos que ante mis amigos más íntimos. Ningún ojo mortal lo verá retirado. Esta sombría penumbra debe separarme del mundo; incluso usted, Elizabeth, no puede jamás atravesarla.

—¿Qué grave aflicción le ha sobrevenido —preguntó ella con fervor— para que así se oscurezca los ojos para siempre?

—Si es una señal de duelo —respondió el señor Hooper—, yo, quizá, como la mayoría de los mortales, tengo penas lo suficientemente oscuras como para ser simbolizadas por un velo negro.

—Pero ¿y si el mundo no creyere que es el tipo de un dolor inocente? —instó Elizabeth—. Amado y respetado como es usted, puede que haya mur-

muraciones de que oculta el rostro bajo la conciencia del pecado secreto. Por el bien de su sagrado ministerio, acabe con este escándalo.

El color subió a sus mejillas al dar a entender la índole de los rumores que ya circulaban por el pueblo. Pero la mansedumbre del señor Hooper no le abandonó. Incluso volvió a sonreír: la misma sonrisa triste que siempre parecía un tenue destello de luz procedente de la oscuridad bajo el velo.

— Si oculto el rostro por pena, sobran los motivos —respondió él simplemente—; y si lo cubro por pecado secreto, ¿qué mortal no podría hacer lo mismo? Y con esta suave pero invencible obstinación resistió todos sus ruegos.

Al fin, Elizabeth guardó silencio. Durante unos instantes pareció sumida en sus pensamientos, considerando, probablemente, qué nuevos métodos podría intentar para apartar a su amado de tan oscura fantasía, que, si no tenía otro significado, era quizás síntoma de una dolencia mental. Aunque de carácter más firme que el de él, las lágrimas le rodaron por las mejillas. Mas de pronto, como si tal cosa, un sentimiento nuevo ocupó el lugar del dolor: sus ojos se posaron inconscientemente en el velo negro, cuando, igual que un crepúsculo repentino en el aire, sus terrores cayeron sobre ella. Se levantó y permaneció de pie, temblando ante él.

— ¿Y lo siente usted, pues, al fin? —dijo él tristemente.

Ella no respondió, sino que se cubrió los ojos con la mano y se volvió para salir. Él se precipitó hacia delante y la asió del brazo.

— ¡Tenga paciencia conmigo, Elizabeth! —exclamó él con pasión—. ¡No me abandone aunque este velo deba interponerse entre nosotros aquí en la tierra! Sea mía, y después no habrá velo sobre mi rostro, ni oscuridad entre nuestras almas. No es más que un velo mortal; no es para la eternidad. ¡Oh, no sabe usted cuán solo estoy, y cuán aterrado de estar a solas detrás de mi velo negro! No me deje en esta miserable oscuridad para siempre.

— Alce el velo solo una vez y míreme al rostro —dijo ella.

— ¡Jamás! ¡Es imposible! —respondió el señor Hooper.

— ¡Entonces, adiós! —dijo Elizabeth.

Ella retiró el brazo de su mano y se alejó lentamente, deteniéndose en la puerta para lanzar una larga y estremecida mirada que parecía casi penetrar

el misterio del velo negro. Pero incluso en medio de su dolor, el señor Hooper sonrió al pensar que solo un emblema material le había separado de la felicidad, aunque los horrores que este prefiguraba debían interponerse oscuramente entre los amantes más tiernos.

A partir de entonces no se hizo ningún intento por retirar el velo negro del señor Hooper ni por averiguar mediante apelación directa el secreto que se suponía ocultaba. Quienes se atribuían estar por encima del prejuicio popular lo tenían por un mero capricho excéntrico, del tipo que suele mezclarse con las acciones sobrias de hombres por lo demás racionales y los tiñe a todos del semblante de la locura. Pero para la mayoría el buen señor Hooper era irremediablemente un espantajo. No podía caminar por la calle con ninguna paz de espíritu, tan consciente era de que los mansos y tímidos se apartarían para evitarle, y de que otros harían alarde de arrojo poniéndose en su camino. La impertinencia de esta última clase le obligó a renunciar a su paseo acostumbrado al atardecer hasta el camposanto; pues cuando se inclinaba pensativo sobre la verja, siempre había rostros detrás de las lápidas espionando su velo negro. Corrió la fábula de que la mirada de los muertos le expulsaba de allí. Le dolía hasta lo más hondo de su bondadoso corazón observar cómo los niños huían a su acercamiento, interrumpiendo sus juegos más alegres mientras su melancólica figura estaba aún a lo lejos. Su temor instintivo le hacía sentir con más fuerza que cualquier otra cosa que un horror sobrenatural estaba entretejido en los hilos del crespón negro. En verdad, se sabía que su propia aversión al velo era tan grande que jamás pasaba voluntariamente ante un espejo ni se inclinaba a beber en un manantial quieto, no fuese a aterrarse a sí mismo en su sereno seno. Esto era lo que daba verosimilitud a los susurros de que la conciencia del señor Hooper le atormentaba por algún crimen enorme, demasiado horrible para ser enteramente ocultado o de otro modo que insinuado tan oscuramente. Así, desde debajo del velo negro se desprendía una nube hacia el sol, una ambigüedad de pecado o de pena, que envolvía al pobre ministro de tal modo que el amor o la simpatía nunca podían llegar hasta él. Se decía que fantasmas y demonios le rondaban allí. Con estremecimientos de sí mismo y terrores exteriores, caminaba continuamente en su sombra, palpando oscuramente dentro de su propia alma o mirando a través de un medio que entristecía al mundo entero. Incluso el viento sin ley, se creía, respetaba su terrible secreto y nunca apartaba el velo. Pero aun así el buen señor Hooper sonreía tristemente a los pálidos semblantes de la muchedumbre mundana al pasar.

Entre todas sus malas influencias, el velo negro tuvo el único efecto deseable de convertir a quien lo llevaba en un clérigo de gran eficacia. Con la ayuda de su misterioso emblema — pues no había otra causa aparente —, se convirtió en un hombre de tremendo poder sobre las almas que sufrían la agonía del pecado. Sus conversos siempre le miraban con un temor peculiar de ellos, afirmando, aunque solo en sentido figurado, que antes de que él les condujera a la luz celestial habían estado con él detrás del velo negro. Su sombra, en efecto, le permitía compadecerse de todas las afecciones oscuras. Los pecadores moribundos clamaban en voz alta por el señor Hooper y no cedían su último aliento hasta que él aparecía, aunque siempre, cuando él se inclinaba para susurrar consuelo, se estremecían ante el rostro velado tan cerca del propio. Tales eran los terrores del velo negro incluso cuando la Muerte había descubierto su semblante. Forasteros venían de lejos para asistir al oficio en su iglesia con el mero y ocioso propósito de contemplar su figura, ya que les estaba vedado contemplar su rostro. Pero a muchos se les hacía temblar antes de marcharse. En cierta ocasión, durante el mandato del gobernador Belcher, el señor Hooper fue designado para predicar el sermón de las elecciones. Cubierto con su velo negro, se presentó ante el magistrado supremo, el consejo y los representantes, y produjo una impresión tan honda que las medidas legislativas de aquel año se caracterizaron por toda la sombría piedad del más temprano dominio de nuestros antepasados.

De esta suerte el señor Hooper pasó una larga vida, irreprochable en la conducta exterior aunque envuelta en lúgubres sospechas; bondadoso y afectuoso, aunque no amado y vagamente temido; un hombre aparte de los hombres, rehusado en su salud y alegría, pero siempre convocado en su auxilio en la agonía mortal. A medida que los años pasaban, derramando sus nieves sobre su negro velo, adquirió renombre en todas las iglesias de Nueva Inglaterra, y le llamaron el padre Hooper. Casi todos sus feligreses que tenían edad madura cuando se estableció en el pueblo habían sido llevados por uno tras otro cortejo fúnebre: tenía una congregación en la iglesia y otra más numerosa en el camposanto; y, habiendo trabajado tan tarde en la tarde de la vida y cumplido tan bien su labor, llegaba ahora el turno del buen padre Hooper de descansar.

Varias personas eran visibles a la apagada luz de las velas en la cámara de muerte del anciano clérigo. Vínculos familiares no tenía ninguno. Pero estaba el médico de actitud decorosamente grave aunque impasible, empe-

ñado únicamente en mitigar los últimos estertores del paciente al que no podía salvar. Estaban los diáconos y otros miembros eminentemente piadosos de su iglesia. Allí también estaba el reverendo señor Clark de Westbury, un joven y celoso clérigo que había acudido a toda prisa a caballo para rezar junto al lecho del ministro agonizante. Estaba la enfermera: no la doncella asalariada de la Muerte, sino aquella cuyo sereno afecto había perdurado tanto tiempo en el secreto, en la soledad, entre el frío de la vejez, y que no perecería siquiera en la hora de la muerte. ¡Quién sino Elizabeth! Y allí reposaba la cana cabeza del buen padre Hooper sobre la almohada de muerte, con el velo negro todavía envuelto en torno a su frente y cayendo sobre el rostro, de modo que cada estertor más dificultoso de su débil aliento lo hacía agitarse. A lo largo de toda su vida aquel trozo de crespón había colgado entre él y el mundo; le había separado de la alegre hermandad y del amor de una mujer, y le había mantenido en la más triste de todas las prisiones: su propio corazón; y aún yacía sobre su rostro, como si ahondara la penumbra de su oscura cámara y le velase del sol de la eternidad.

Hacía algún tiempo que su mente estaba confusa, vacilando con incertidumbre entre el pasado y el presente, y proyectándose hacia delante, por así decirlo, a intervalos, hacia la indistinción del mundo por venir. Había tenido accesos febriles que le agitaban de un lado al otro y consumían el poco vigor que le quedaba. Pero en sus luchas más convulsas y en los más desatinados extravíos de su entendimiento, cuando ningún otro pensamiento conservaba su influencia serena, seguía mostrando una angustiosa solicitud de que el velo negro no se corriera. Incluso si su alma aturdida hubiese podido olvidar, había una mujer fiel junto a su almohada que, con los ojos apartados, habría cubierto ese rostro envejecido que ella había contemplado por última vez en la lozanía de la virilidad.

Al fin, el anciano herido de muerte yacía tranquilo en el sopor del agotamiento mental y corporal, con un pulso imperceptible y un aliento cada vez más tenue, salvo cuando una inspiración larga, profunda e irregular parecía preludiar el vuelo de su espíritu.

El ministro de Westbury se acercó al lecho.

— Venerable padre Hooper — dijo —, el momento de su liberación está próximo. ¿Está usted preparado para el alzamiento del velo que separa el tiempo de la eternidad?

El padre Hooper respondió al principio con un débil movimiento de cabeza; luego —temeroso, quizás, de que su significado pudiera ser dudoso— hizo un esfuerzo por hablar.

—Sí —dijo en tenues acentos—; mi alma tiene un cansancio paciente hasta que ese velo sea alzado.

—¿Y es acaso justo —reanudó el reverendo señor Clark— que un hombre tan dado a la oración, de ejemplo tan intachable, santo en obra y pensamiento, en la medida en que el juicio mortal puede pronunciarse, es acaso justo que un padre de la Iglesia deje una sombra sobre su memoria que pueda parecer que enturbia una vida tan pura? Se lo suplico, venerable hermano, ¡que no sea así! Permítanos regocijarnos con su aspecto triunfante al ir a recibir su recompensa. Antes de que se alce el velo de la eternidad, permítame apartar este velo negro de su rostro; y diciendo esto, el reverendo señor Clark se inclinó hacia delante para revelar el misterio de tantos años.

Pero, desplegando una energía súbita que dejó a todos los presentes boquiabiertos, el padre Hooper sacó ambas manos de debajo de la ropa de cama y las apretó con fuerza sobre el velo negro, resuelto a resistir si el ministro de Westbury quería contender con un moribundo.

—¡Jamás! —exclamó el clérigo velado—. ¡En la tierra, jamás!

—Anciano tenebroso —exclamó el ministro aterrado—, ¿con qué horrible crimen en el alma se dirige usted ahora al juicio?

El aliento del padre Hooper se agitó: estertoró en su garganta; pero, con un esfuerzo poderoso, asiendo hacia delante con sus manos, se aferró a la vida y la retuvo hasta poder hablar. Incluso se incorporó en el lecho, y allí quedó sentado, temblando con los brazos de la Muerte en torno a él, mientras el velo negro colgaba, terrible en ese último momento con los terrores acumulados de toda una vida. Y sin embargo, la tenue y triste sonrisa, tantas veces allí presente, parecía ahora centellear desde su oscuridad y permanecer en los labios del padre Hooper.

—¿Por qué tembláis solo ante mí? —exclamó, volviendo su rostro velado en torno al círculo de pálidos espectadores—. Temblad también los unos ante los otros. ¿Han huido los hombres de mí y no han mostrado piedad las mujeres y han gritado y huido los niños solo por mi velo negro? ¿Qué sino el misterio que oscuramente representa ha convertido este trozo de crespón

en algo tan terrible? Cuando el amigo muestre a su amigo lo más íntimo de su corazón, el amante a su amada más querida; cuando el hombre no se aparte vanamente de la mirada de su Creador, atesorando con repugnancia el secreto de su pecado, entonces tenedme por monstruo por el símbolo bajo el cual he vivido y muero. ¡Miro a mi alrededor, y he aquí que en cada semblante hay un velo negro!

Mientras sus oyentes se apartaban unos de otros en mutuo espanto, el padre Hooper cayó hacia atrás sobre la almohada, un cadáver velado con una tenue sonrisa persistente en los labios. Todavía velado, le tendieron en su ataúd, y velado como cadáver le llevaron a la tumba. La hierba de muchos años ha brotado y se ha marchitado sobre aquella tumba, la lápida está cubierta de musgo, y el rostro del buen señor Hooper es polvo; pero terrible es aún el pensamiento de que se pudrió bajo el velo negro.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB